

LA SIERRA DE ÁNGELA

Cuando Mario entró en la habitación, su madre ya estaba muerta. Respiraba todavía, se movía, hablaba..., pero ya estaba muerta.

El olor de la Parca lo impregnaba todo, un olor como de flores marchitas, flores podridas y pestilentes, como estaba Ángela por dentro; marchita, podrida y pestilente como cualquier ser humano que ha claudicado ante la enfermedad lo es desde sus entrañas, desde ese mondongo de vísceras que llevamos dentro.

Paralizado por ese olor y esa sombra de guadaña que sumía en tinieblas la aséptica e impersonal habitación de aquella ala de hospital para desahuciados, Mario no pudo dedicarle a su madre unas palabras de despedida, unas palabras que le reconfortasen siquiera un poquito en su viaje hacia el más allá. Se limitó a apretarle la mano con fuerza, con tanta fuerza que ni la morfina que acolchaba sus sentidos pudo evitar que la mujer mostrara una mueca de dolor.

Hasta que no salió de la habitación no pudo controlar la crispación en que se encontraba inmerso, tal como en un pozo ciego y hediondo. Relajó la mandíbula, respiró hondo, perdió tensión en las sienes y también en los puños, aunque no pudo llorar, cosa que le hubiera ayudado a soltar lastre, a empezar a asimilar lo que estaba pasando, a empezar a aceptarlo...

Pero la casi nula experiencia que te otorga la vida a los quince años no le había preparado para aquello; para quedarse huérfano a tan corta edad, para ver el deterioro y destrucción galopantes de la persona más importante de su vida, la que lo había cuidado y querido más que a sí misma, la que lo había parido: su madre.

Cuando llegó a casa reparó en un trocito de papel que llevaba en la mano, un trocito de papel que Ángela le había entregado en su postrero apretón de manos, en su frugal despedida. Lo abrió; era una poesía escrita a mano, con trazo débil, con tembloroso pulso. Decía así:

“El día en que me muera montaña seré,
y rasgaré con mi piedra ese cielo infinito,
y regaré con mis aguas la tierra a mis pies.
Seré monte, seré tierra, seré roca, seré hiedra,
seré brezo, seré sierra...

El día en que yo muera montaña seré
y rozaré con mis crestas los luceros al alba
y nutriré con mis sombras las leyendas mundanas
y luciré erguida y sola
y juzgaré a los cobardes y premiaré a los valientes,
castigaré a los mezquinos, cobijaré a mis amigos,
descansaré entre las nubes y lloraré a los caídos
bajo mi seno infinito.

El día en que me muera montaña he de ser.”

Mario dejó el poema en la mesilla y se metió en la cama, presa de un duermevela intranquilo en el que la primera estrofa de la poesía escrita por su madre se le aparecía una y otra vez:

“El día en que me muera montaña seré”.

Al día siguiente, Ángela, la que otrora había sido una mujer de temperamento y presencia apabullantes, la que otrora aglutinaba comentarios de admiración allá por donde pasaba, se veía reducida a un puñado de cenizas dentro de una urna sostenida débilmente por un adolescente atribulado que se preguntaba qué demonios iba a hacer él con aquel cenicero gigante, aquel recordatorio macabro de que polvo somos y en polvo nos convertiremos. En ese momento Mario sintió, alta y clara, la voz de su madre que le decía:” Hijo mío, quiero ser montaña, llévame al monte, llévame a mi tierra, hijo mío, montaña he de ser.”

Tardó poco tiempo Mario en reunir el coraje y las fuerzas para emprender el viaje que llevara a su madre a reconciliarse con sus orígenes, a fundirse con su entorno, a ser montaña´

Era paradójico que una enamorada de las montañas hubiese acabado sus días en un pueblo de la árida meseta castellana, donde la vista se perdía en el horizonte sin rastro de ondulación o pendiente del terreno alguna, donde sus melancólicos ojos desesperaban en la contemplación infinita de aquellos páramos huérfanos de fronda alguna. Porque ella había nacido en el pueblo madrileño de Manzanares el Real, donde aquellas moles graníticas que sitiaban la villa por todos lados, aquellos canchos y domos de formas caprichosas que conformaban la Pedriza, habían hecho las delicias de una niña que a la primera ocasión se escapaba al campo a correr y trepar en aquel laberinto pétreo, recorriendo veredas y trochas recónditas, observando a los esquivos animales del bosque y hollando cimas que le hacían sentirse pequeña y enorme a la vez.

Pero la vida la empujó hacia la llanura, donde tuvo que emigrar para ganarse el pan. Luego llegó Mario, que lo hizo demasiado pronto y de forma inesperada, pero Ángela no se arredró, criando ella solita al niño, trabajando y haciendo de madre ejemplar a partes iguales.

A Manzanares ya solo iban de vez en cuando, a ver a los abuelos de Mario y a pasear por la Pedriza y la Sierra de Guadarrama, donde Ángela mostraba a su hijo todos los caminos aprendidos en sus años de juventud.

Más tarde, la vida comenzó a ensombrecerse, cubriéndolo todo de una oscuridad infame y pegajosa que llegaba hasta aquel mismo día del sepelio: la muerte de los abuelos, los problemas laborales y económicos de Ángela, su repentina enfermedad y finalmente su muerte...

Así que Mario, digno vástago de una mujer excepcional, se puso en marcha con el poco dinero que tenía para hacer realidad el último deseo de su madre. Se llegó a Manzanares con su mochila, su saco de dormir y un viejo cuaderno donde Ángela escribía sus pensamientos, sensaciones, sus rutas por el campo y un poco de todo.

A duras penas consiguió dar con la vieja casa familiar, prácticamente abandonada desde la ausencia de los padres de Ángela y la larga agonía de esta. Cuando al fin dio con ella ya estaba anocheciendo. La casa se encontraba allá por la zona del Tranco de la Pedriza, cerca del camping, en un sitio privilegiado donde se escuchaba el plácido planear de los buitres y se podían observar las figuras de las cabras monteses recortadas sobre los canchales.

La pequeña casa de piedra y su recoleto patio estaban sitiados por la vegetación. Al abrir la puerta, se escuchó un rumor de pequeños animales en apresurada huida; Mario prefirió pensar que eran gatos y no ratas...

El chico durmió en la antigua habitación materna, bajo la protección del imponente domo granítico del Yelmo y el arrullo del río Manzanares, no se podía pedir más.

Al día siguiente Mario despertó temprano, pues la ruta que tenía en mente era muy larga y no la recordaba con total claridad; fue la última excursión que hizo con su madre y decidió que sus cenizas, así como su espíritu, descansarían a lo largo de aquella larga travesía. Había que remontar el curso del río Manzanares hasta su nacimiento y luego continuar por la Cuerda Larga, espina dorsal de la Sierra de Guadarrama, hasta llegar a las Cabezas de Hierro, desde donde descendería por la ladera donde nace el arroyo de Valhondillo, hasta llegar a la tejera que guarda uno de los tesoros de aquella serranía: sus tejos milenarios, uno de los lugares favoritos de Ángela.

Era una empresa difícil para un chaval de quince años, cuya única referencia para guiarse a parte de su difuminado recuerdo, era un croquis con anotaciones que su madre había escrito en su cuaderno.

Llegó sin dificultad hasta el Ventisquero de la Condesa, remontando el curso del Manzanares hasta su cuna, cruzándolo varias veces durante el trayecto, parando antes en el Collado de los Pastores, privilegiado mirador de la Pedriza donde Mario dejó un poquito de su madre, para que se deleitase con la contemplación del Yelmo y todos sus súbditos pétreos.

En el Ventisquero de la Condesa, se refrescó en la fuente del Ventisquero o de la Teja. Un poco por debajo de dicha fuente, surge un incipiente arroyo, que es donde nace el Manzanares; fue allí donde Mario dejó otro poquito de su madre, que se diluyó en el agua, que se fundió con la Madre Tierra.

Desde allí, enseguida se llegó a la Cuerda Larga, donde fue esparciendo las cenizas de su madre; un poco en el alto de las Guarramillas, otro poco en el Cerro de Valdemartín, un poco más en Cabeza de Hierro Menor y otro poco en Cabeza de Hierro Mayor, observando cómo Ángela se mimetizaba con la montaña, cómo pasaba a formar parte de ella.

Mario estaba cansado, llevaba ya muchos kilómetros a sus espaldas, pero no se arredró. Sacó el viejo cuaderno de su madre y vio que desde allí la ruta descendía hasta los tejos milenarios siguiendo el curso del arroyo Valhondillo hacia el valle de la Angostura, donde su madre había escrito a lápiz, al pie del dibujo de un árbol retorcido y rugoso:

“De tarde en tarde vengo a veros,

vetustos tejos rugosos,

y os abrazo en busca de ayuda,

y os dejáis abrazar orgullosos.

Y en ese abrazo yo siento

milenaria savia que fluye,

milenaria sapiencia de árbol.”

Y allí llegó, después de unos cinco kilómetros de bajada, donde lo recibió, tras vadear el arroyo, el primero de los tejos, el tejo de la roca, el favorito de su madre, y allí se fundió con el taxus, en largo abrazo, igual que lo hiciera su madre, y percibió cómo el árbol lo recibía en su seno, sintiendo su milenaria savia fluir, sintiendo un poder ancestral. Entonces decidió que era allí donde el resto de las cenizas de su madre tenían que estar y allí las esparció, y allí sintió, como un soplo de aire serrano, que la voz de Ángela le decía en un susurro: “Gracias hijo mío, ahora sí podré descansar”. Y entonces por fin Mario pudo llorar.

Garrulus.

